

Los azares del infortunio

PENSANDO con la *claridad y distinción* cartesianas tan queridas al personaje principal de este nuevo libro de Juan Jacinto Muñoz Rengel (Málaga, 1974), debe decirse que hay, de inicio, una coherencia y una continuidad sustancial entre sus anteriores obras (libros de relatos tan logrados y contundentes como *88 Mill Lane* o *De mecánica y alquimia*) y este primer salto suyo a la novela que es *El asesino hipocondríaco*. Dicho de otro modo, todas aquellas anteriores atmósferas de neblinas, leyendas, sabios, autómatas y prodigios maquinales, parecen repercutir *en*, e impulsar los pasos *de* este paradójico, frágil y culto sicario de moral y puntualidad kantianas. (Kant, sabremos por J.J.M. Rengel –en este documentado libro repleto de curiosidades– era otro gran hipocondríaco dentro de una gran fratría de los

muchos, y solitarios, que en el mundo han sido.) No es, como otras veces, Londres el lugar donde transcurre esta acción, tampoco una arabizante y matemática ciudad medieval o un espacio imaginario del futuro, un cruce de trenes con vagones abandonados habitados por golems o por afinados androides capaces de desolación que llaman, sin respuesta, a las puertas de lo humano. La peripecia de *El asesino hipocondríaco* transcurre en Madrid, en conocidas calles y locales del centro, en estaciones de metro o edificios de correos, lo más lejos que se llega es a un paraje de la Sierra de Guadarrama, y sin embargo Muñoz Rengel parece querer proponernos otro viaje, un viaje mayor, un hábil salto que enlaza tiempos muy diversos a través de figuras señeras del pensamiento y la literatura. Un denominador común que

guía el libro: bajo su fama y esplendor a tantos años y siglos vista, todos aquellos «cráneos privilegiados» padecieron circunstancias parecidas: orfandades, abandonos, adicciones, insomnio, mala fortuna, fallecimientos prematuros o en extrañas circunstancias y, por encima de todo: el acoso implacable de los trastornos físicos y la enfermedad. Muñoz Rengel traza, enlazándola con su personaje central, una poderosa estela intelectual, una «historia mayor» (p. 138) habitada y compartida por Kant, los hermanos Goncourt, Edgar Allan Poe, Jonathan Swift, Lord Byron, Descartes, Spinoza, Coleridge, Tolstoi, Voltaire, Nietzsche, Proust... La fijación del asesino protagonista por acabar con la vida de su compatriota argentino Eduardo Blaisten, su deseo de cumplir con el encargo en el que se empeña –kantianamente– desde hace un año y dos meses, parecería tarea fácil si no fuera porque el ejecutor no presenta, por mucho que se esfuerce (y mira que se esfuerza) el perfil de un malvado, sino el aire quebradizo y limitado de quien apenas puede seguir adelante, pues –está convencido– cada nuevo día sólo le queda un día de vida, «un último día entre los vivos». Débil y extremadamente culto, maniático del orden y de los archivos médicos, jurídicos e históricos, enfermo real e imaginario... todas malas combinaciones para esta apuesta fuerte de eliminar a su objetivo. El texto avanza al hilo de las puntillosas observaciones y anotaciones del sicario acerca de su víctima (sus horas del café, qué idiomas habla, cómo viste, el as-

pecto de su novia) y acerca de sí mismo (dieta, temperatura personal y del domicilio, tensión arterial...). La cultura impregna todos sus registros de seguimiento: «El señor Blaisten lleva el pelo abundante y cano peinado hacia atrás, como Federico de Prusia». Hay una gran comicidad que se esboza ya desde los compases iniciales cuando el asesino espera junto a la boca de metro como un detective de tira cómica, «oculto tras un periódico inglés, que son los que más me cubren con su formato sábana». No hay duda de que el humor humaniza a este verdugo imposible, tanto como esos repetidos ataques de ansiedad que ponen su salud al límite con sólo comprobar que la víctima se retrasa o se sale del guión. Hay en todo el libro un divertido (hilarante) choque del asesino con el entorno cotidiano: el intento de comprar en una mercería madrileña una aguja de tejer de aluminio de cuarenta centímetros para acabar con Blaisten puede volverse un proyecto tan imposible en medio de la conversación de las castizas clientas, como soportar las pelucas pajizas y máscaras de grueso látex con las que (siendo alérgico a este material) se adorna para pasar desapercibido y con las que sólo consigue provocar risa o extrañeza (véase en p. 56 la secuencia en la que las niñas de colegio se mofan de él en la estación de metro a causa de su inverosímil aspecto de fauno. Otros pasajes de gran comicidad son la persecución frustrada a causa de los microsueños en la oficina de correos, el posterior intento de envenenamiento en un

bar...). La fragilidad y el carácter atormentado del personaje, sus infortunios naif de tira cómica, lo van haciendo simpático a nuestros ojos, como una especie de rigor de las desdichas, un *Pier-no-doy-una* de los dibujos animados de Autos Locos o de aquel Coyote al que todas las tentativas de vencer al Correcaminos le resultaban infructuosas. El protagonista está convencido, por encima de todo, de su mala fortuna, es el más hipocondríaco de los hipocondríacos, aquejado de todas las dolencias posibles, incluidas las más extrañas y estadísticamente improbables. Mientras su víctima recorre la ciudad «con una salud envidiable» (p. 32) a él lo asedian a cada instante los mareos, el insomnio (maldición de Ondina), las deformidades (síndrome de Proteus), los trastornos del habla (afasias y síndromes del acento extranjero) que le llevan a proferir y a escuchar extraños y *landerianos* lapsus linguae al acercarse a sus víctimas: «Tomo una bocanada de aire, me aprieto el abdomen para aliviar el dolor que me consume, pongo mi cuerpo en tensión, me aproximo a él para pedirle que me acerque el periódico del establecimiento, le toco el hombro y le digo: “La blanca negra cosa, espicorrábico”. El señor Blastein me mira con extrañeza, se aclara la voz y me pregunta: “¿Amable caballeresca mirada?”. Su comentario no me ha parecido demasiado agresivo, así que no tengo excusa para matarlo (...) insisto y vuelvo a pedirle la prensa de hoy: “La quieto noticias, negras cosas pasan”. El señor Blastein, sin per-

der su sonrisa, se interesa de nuevo: “¿Cosa dit, psicopúrtide?”. Su amante lo agarra desde atrás por el brazo, y tirando de él le advierte en voz baja: “Muerte perra, abasto noticias”. Este comentario quizá podría ser tomado como algo amenazador, pero la amante de Eduardo Blastein no es mi objetivo» (pp. 72-73). De poco le sirven los planes y los medios que pone en beneficio de su causa (agujas de coser, abrecartas, carretes de hilo de pesca, cafeteras de Starbucks, venenos de pez globo, cuchillos de carne, posibles empujones a las vías de metro o al abismo en plena montaña...). Resultan siempre pobres recursos en manos de alguien como Mario Yurkievich, un proyecto de asesino condenado a ir siempre por detrás, a repetir y a fallar dentro de una eterna estrategia de círculo (si es que dispusiera de todo ese valioso tiempo que le es negado con la contundencia de que es capaz el destino).

Quizá el secreto que hace funcionar la maquinaria de este texto sea el conseguido híbrido de Juan Jacinto Muñoz Rengel entre narración culta y divertimento, su capacidad para estar a la vez en ambos mundos, alternándolos y equilibrándolos en la sucesión de pasajes que conforman estos cincuenta y siete capítulos. Mientras la sólida formación filosófica-clásica y el trabajo de documentación proporcionan altura y nivel al relato, la capacidad del autor para reírse incluso de sí mismo y conectar con los lectores a través de un humor limpio, fresco e ingenuo, se encarga del resto. Esta no es, sin embargo, una novela que apueste o

se conforme sin más por despertar la risa. Así, el detalle humorístico deja espacio para que el autor nos hable muy en serio de los azares que dan lugar al infortunio y a desdichas demasiado grandes como para que tenga que soportar su peso un solo ser humano. Infortunio y sufrimiento que algunas criaturas experimentaron y sobrellevaron en grado superlativo. J.J.M. Rengel nos detalla la dura y terrible vida de Joseph Merrick, conocido como el hombre elefante, «un espíritu sensible y atormentado, encerrado en un cuerpo de pesadilla» (p. 95). Y a esas alturas del relato ya sabemos que todo se dirige hacia el asunto de la compasión y la solidaridad. Así, el disparatado intento de homicidio en la Sierra del Guadarrama relatado en la p. 133 («Me acercaré a él como un enajenado, gritando ¡Necesito, medicinas!

¡Necesito medicinas!, y antes de que pueda hacer nada por impedirlo lo arrojaré por un precipicio mortal»), da lugar a que Blastein y su pareja se compadezcan de él y parezcan entenderlo en su sufrimiento. El otro consuelo que le queda, pertenecer a una comunidad de hombres brillantes pero desdichados, algo que, declara, «me hace sentir menos solo, me hace sentir menos huérfano». Víctima y verdugo parecen, a su manera, entenderse en la distancia corta de los compases finales. Para entonces ya hemos percibido esa gran historia de tantos y tantos desdichados: esa ceremonia de prohombres a los que el infortunio privó de percibirse como tales. —ERNESTO CALABUIG.

Juan Jacinto Muñoz Rengel, *El asesino hipocóndrico*, Barcelona, Plaza y Janés, 2012.